www.elboomeran.com

ANDREA JEFTANOVIC

# *Destinos errantes*

Editorial Comba

ANDREA JEFTANOVIC

# *Destinos errantes*

Editorial Comba

Imagen de la portada:
Fotografía de Julia Toro

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Andrea Jeftanovic
© Editorial Comba, 2016
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

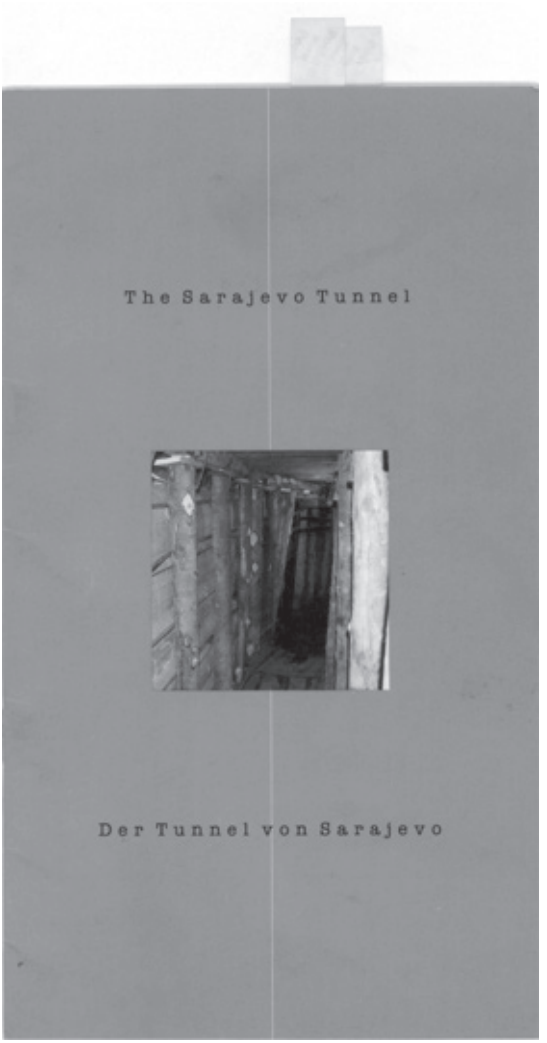
ISBN: 978-84-944938-4-3
Depósito Legal: B-17.895-2016

# Índice


| | |
|---|---|
| Sarajevo underground | 9 |
| California al desnudo | 41 |
| El ojo de Watanabe | 61 |
| Los ríos de Clarice Lispector | 81 |
| Puertas y elipses | 107 |
| El círculo íntimo palestino-israelí | 139 |
| Desde un estante del Medio Oriente | 163 |
| Pájaros de acero | 179 |
| Sin embargo, Cuba | 209 |
| Agradecimientos | 237 |

A las marcas de Emma Villazón

# Sarajevo underground



«Te conviene seguir distinto viaje
—dijo, después de ver que yo lloraba—,
si quieres huir de este lugar salvaje:
porque esta bestia, por la cual tú clamas,
no deja que otro pase por su vía.»
Dante Alighieri

*Welcome to Hell!* Escrito en letras rojas, fue el lema que me recibió en la ciudad de Sarajevo.

## Primer círculo

«¿Lista?» Edis me señala que incline la cabeza para no tropezar con la primera viga. Me afirmo en el marco de acero y desciendo soltando su mano rugosa. Me propone recorrer los metros todavía habilitados del túnel. Preparamos un bolso con agua y frutos secos; caminamos entre las ortigas del patio hasta la entrada. Creo que dice sin decir «te serviré de guía por los parajes adonde podamos llegar». A continuación me advierte: «Sólo puede entrar una persona por vez.» Mis zapatos se hunden en el barro, escucho el rumor de una carretera, es difícil mantenerse en pie en el suelo fangoso.

Edis me cuenta que el ingeniero Nedžad Branković bosquejó el túnel y organizó su construcción con la idea

de abrirse paso en el frente agresor y conseguir lidiar con el asedio a la ciudad.

El ejército serbio bombardeó mientras duraron las obras de construcción. Los francotiradores no dejaron de disparar pues sabían que se construía un túnel, pero desconocían el modo en que se hacía. Mientras ellos pensaron que el túnel crecía en una determinada dirección, en realidad lo hizo en otra. En ese punto murieron alrededor de trescientas personas. Branković llegó a cruzar veinticuatro veces en una jornada por la línea de unión exterior. El 20 de julio de 1993, a las nueve de la noche, después de siete meses de arduo trabajo, dos excavadores que avanzaban desde lados opuestos se dieron la mano: Sarajevo tenía una ventana al mundo libre.

Descendí por las colinas hacia Sarajevo. Bajé en círculos por las curvas de la geografía del Monte Igman, que durante la guerra de los Balcanes, entre los años 1992 y 1995, estuvo rodeado de tanques y francotiradores. Cuando estuvimos en medio de los Alpes dináricos, vislumbré el trazado urbano con franjas de alquitrán, bloques de ladrillo agujereado y chapas metálicas onduladas. De oeste a este se dibujó la línea cristalina del río Miljacka que divide la ciudad en dos. Descendí por las empinadas gargantas rocosas, en cada curva de cuyo camino hubo un contingente de soldados acoplados sobre tanques de la OTAN. Avanzamos por la pista estrecha de tierra roja antes ocupada por campesinos y pastores. Curva, acantilado, vértigo. Sarajevo se parecía tanto a la geografía de Santiago: una ciudad con forma

de cuenca, acordonada por montañas y un río que la divide en dos.

Viajé en un bus ruinoso serpenteando desde Split, en la Costa Adriática; pasé por pueblos destruidos en la última guerra. En la frontera, un par de soldados desdentados se rieron de mi pasaporte; yo busqué en ellos algún reconocimiento tribal y sólo sentí un rechazo ajeno. Avanzamos a ritmo parsimonioso por autopistas fantasmales en las que empezaba a crecer el pasto entre el hormigón de las calzadas. En la primera parada contemplé un paisaje compuesto por una «naturaleza muerta»: el puente de Mostar, conocido por su elegancia desde el Imperio Turco Otomano, fue quebrado y parchado con llantas de neumático.

Yo venía a buscar el túnel. Porque, casi como una imagen extraída de la película de Emir Kusturica, la ciudad de Sarajevo resistió el asedio de los años de guerra, en parte, gracias a un túnel. Un túnel bajo tierra de ochocientos metros de largo, uno de ancho y un metro y medio de alto, que se extendió desde el aeropuerto, en Dobrinja, hasta la zona libre de Butmir.

En la superficie, el infierno; bajo tierra, un pedazo de cielo.

*Welcome to Hell?*, quise preguntar cuando me acerqué a la oficina de turismo y me recibieron con un saludo de palabras masticadas. El grafiti siguió palpitando en mis pupilas. Me extendieron un mapa turístico con señales para encontrar la habitación: «Avance dos cuadras y doble a mano izquierda en un edificio de piedra hasta dar con una puerta oxidada, número 76.» Subí por unas

escaleras sombrías y una mujer mayor me abrió la puerta. Su cabeza estaba cubierta por un pañuelo de seda con un pájaro rojo sobre una rama verde olivo. Olí el aroma a cúrcuma concentrado en el departamento. Me indicó el piso con un leve arqueo de ojos. Entendí que debía sacarme los zapatos y calzar unas babuchas coloridas para circular por la alfombra de mosaicos. Acomodé mi equipaje en el cuarto asignado y salí a la avenida.

«*O Tunnel da Rat*?», pregunté al primer taxi que encontré disponible. Repetí «*o tunnel da Rat*» en Dobrinja. Mi referencia desconcertó al conductor. Por eso agregué

a mi frase unos gestos. En algún punto me entendió, porque me llevó a las afueras de la ciudad, donde había escuchado que estaba localizado. En el trayecto observé los edificios que yacían como enormes animales muertos. La torre del Diario *Oslobodenje* asemejaba un dinosaurio derrumbado en el suelo. Dicen que tras el bombardeo, los periodistas siguieron trabajando en el sótano. El conductor también me indicó la Biblioteca Nacional, carcomida por el fuego. Imaginé los volúmenes crepitando entre las llamas.

Seguimos, cruzamos por la fachada del Museo de Gavrilo Princip, agujereado el edificio por la viruela bélica. Me bajé para tomar una foto en la emblemática esquina y calcé la marca de las huellas de Princip sobre el cemento, el lugar donde el integrante de la joven Bosnia disparó al archiduque Francisco Fernando y a su esposa un 28 de junio de 1914. Dos huellas paralelas hundidas en la vereda. Separé mis pies y volví al auto.

Dejé atrás la esquina del ultimátum a Sarajevo.

Luego de bordear la zona conurbana —lo noté por la poca densidad de las construcciones—, el conductor paró el motor y me dijo que no podía salir de ese perímetro. Me bajé algo decepcionada y pregunté por el túnel a los primeros peatones que transitaban por la vereda polvorienta. No me daba a entender bien y vocalicé con más cuidado: «*O tunnel da Rat*.» Hubo un pequeño alboroto entre las personas que se preguntaban unas a otras dónde quedaba ese lugar. Después de casi una hora, un joven taxista accedió a llevarme. Me subí a su estropeado Mercedes Benz gris y nos adentramos

por un camino de tierra con casas de ladrillo salpicadas entre sitios eriazos. Tras varias intersecciones se detuvo frente a una pequeña casa de dos pisos.

¿Es acá? *Da, da, ovdje*. A Edis Kolar le había llegado el rumor de que una extranjera lo andaba buscando, y me salió a recibir. Era joven, de estatura mediana, sonreía con bondad. Me guió por los pasillos de la casa en la que han improvisado un modesto museo con fotografías y objetos. Seguí las paredes observando una chaqueta camuflada, una tetera de bronce, dos granadas. Me mostró un plano de construcción, se detuvo en un recuerdo de Carabineros de Chile, y quedé en silencio porque ese emblema me provocó sentimientos encontrados.

Edis me pidió que escribiera mi nombre en un papel porque no comprendía mi pronunciación. Anoté las dieciséis letras del apellido y él puso su dedo sobre la "c" final, queriendo comprobar mi escritura. Claro, faltaba la tilde en esa "c", costumbre que fui perdiendo con la escritura en el computador. Algo debe significar perder el acento. Es muy joven. ¿Cuántos años habrá tenido para el conflicto? Estoy calculando su edad cuando me presenta al resto de la familia, la pareja de abuelos, Alija y Šida, y los padres, Emina y Edin. Ellos, en los tiempos de guerra, solían esperar a los pasajeros del túnel a su salida con una tetera en el fuego y un pedazo de pan.

En la ciudad, el infierno; en el subterráneo de un patio, el cielo.

## Segundo círculo

Hay que seguir el curso de las napas, las leyes del abismo. Bordeamos el segundo rellano. Hay una embocadura y aparecen los carros ferroviarios. Los trenes detenidos no van a ninguna parte y arman una postal apocalíptica de una estación abandonada tras un desastre. Edis acomoda tuercas y mueve los escombros del andén, subimos a un vagón que se desliza por rieles enmohecidos. El vagón sigue hasta que se entrampa en una angostura y jalamos unos cables para comenzar a ascender por claraboyas. La luz titilante de la linterna nos guía entre las vías. Un rugido subterráneo nos altera, las puertas en los pasillos son trampas abiertas. La viga que corre sobre las sorpresivas salas del infierno. Avanzamos con mapas

insuficientes y confusos donde se hunden los cielos y emergen los abismos. La escarcha de las paredes aparece como proas de fuego sobre las monedas desgastadas en el piso. Perder la cabeza en cada curva, y a cada paso el suelo se desliza bajo los pies. Paisajes disueltos por las gotas de agua de estalactitas. Las palmas de las manos de piadosos rehenes.

Me cuenta de una pareja que contrajo matrimonio en territorio libre tras viajar en el carro a toda marcha por los rieles ferroviarios. Se casaron en la mitad del túnel, territorio neutral. Veo la foto de una novia, con su vestido blanco y un ramo de flores amarillas, sentada en la falda de su enamorado con un brazo que le rodea el hombro. Ambos sonríen desde la silla hecha de un engranaje de tuercas. El túnel también posibilitó que personeros del gobierno y miembros del parlamento

viajaran fuera del país para importantes negociaciones con la OTAN y líderes mundiales. El Presidente de Bosnia y Herzegovina de aquel entonces, Alija Izetbegović, lo utilizó para tomar un avión con destino a La Haya y le dio un fuerte apretón de manos a Edis mientras abordaba la nave: «Muchacho, usted está cambiando el rumbo de la historia.»

Edis se para sobre la línea ferroviaria y continúa su relato: «Ves, la circulación era en una dirección a la vez, en grupos de veinte a cien personas, y se demoraban dos horas en cruzar de un lado a otro transportando veinte toneladas.»

Cada uno de los transeúntes debía empujar entre doscientos y trescientos kilos de carga recorriendo un camino de curvas, bajadas y subidas. Escucho en medio de una nebulosa de tierra que en dos oportunidades el túnel se inundó y estuvo cerrado un par de días, hasta que bombas de extracción lo limpiaron. Me dice que la necesaria manutención detenía su uso entre las ocho y las once de la mañana. Me muestra unos tubos de cobre que fueron parte de una donación de cable por parte del gobierno alemán, lo que permitió que se construyera el sistema de electricidad y de líneas telefónicas.

Hace una pausa y bebe agua de la cantimplora como recordando un cansancio olvidado. Yo agradezco el silencio mientras miro los tubos. Se detiene en una pared y me señala hacia delante. Sigo su mano, que apunta un lugar oscuro.

«La noche era el mejor momento para hacer transitar personas y cargamento pesado, porque los movimientos